

más luz que la de un farol que ardía ante el nicho de una Virgen situado en la esquina del convento que miraba a la calle de la Pimienta.

El reloj del Palacio Antiguo dió doce campanadas; era la media noche.

El hombre que se hallaba sentado en lo alto del muro acababa de contar las sonoras vibraciones del reloj con una atención que bien claramente demostraba lo poco que su indudablemente forzada vigilancia le distraía, cuando por la calle del Diluvio y haciendo resonar sobre el empedrado sus espuelas y los herrados tacones de sus botas, desembocó otro hombre que se dirigió directamente hacia la puerta del convento.

Iba ya a llamar el nuevo personaje, cuando el del muro, que lo había seguido atentamente con la mirada, y al que probablemente había reconocido solamente en su visible decisión de entrar en el convento, silbó de un modo que no dejó lugar a dudas de que era una señal.

En efecto, el recién llegado volvió el rostro, y, al oír de nuevo el silbido con iguales modulaciones que la vez anterior, dejó caer silenciosamente la aldaba y se adelantó hacia el punto de donde la señal había partido; pero la luna se ocultó en aquel momento y más conoció con quién tenía que habérselas al tocar la escala de cuerda, que no al ver a su compañero.

Entonces preguntó en voz baja:

—¿Eres tú, *Húngaro*?

—Sí—contestó el designado con este nombre.

—¿Y qué haces en lo alto de esta pared, en vez de estar con el duque en el convento de la Santa Cruz?

—El duque no está en el convento de la Santa Cruz—replicó el *Húngaro*;—donde se halla es en casa de la marquesa Cibo.

—¿Y por qué está allí y no en el convento?—preguntó el recién llegado.

—¡Hombre! ¿Y crees que voy a contarte desde aquí arriba los asuntos del duque? Sube y sabrás lo que deseas saber.

El que recibió esta invitación se dirigió a la escala de cuerda y trepó por ella con admirable agilidad; cuando llegó a la altura en que el *Húngaro* se hallaba, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Lo más sencillo del mundo. La muerte de una monja ha puesto en conmoción a la comunidad entera. Fray Leonardo estaba allí, y la buena abadesa, al par que ha dado a monseñor las gracias por la honra que había tenido la intención de hacerle, le ha suplicado que pasase otro día, o por mejor decir otra noche.

—¿Y se dió por satisfecho Su Alteza con eso?

—Su Alteza quería que la monja y el fraile que la veía fuesen echados a la calle; pero como yo soy católico a macha martillo, le he aconsejado que era preferible dejar en paz a la monja y sorprender con una visita a la hermosa marquesa Cibo. «¡Hombre! Es verdad; ya no me acordaba de la pobrecita marquesa» me ha dicho. Y como sólo se necesitaba atravesar la plaza, la ha atravesado.

—Supongo que el duque no se ha servido de tu escala.

—Claro que no... Como el marqués está ausente, ha entrado por la puerta, y como Lorencito prefiere dos seguridades a una, por eso me ha apostado aquí, por lo que pudiera tronar.

—En esto conozco a nuestro nene; ¡siempre prudentel!

—¡Silencio, Jacobo!—dijo el *Húngaro*.

En efecto, por la parte de la calle de los Descontentos, se oía rumor de pasos.

Jacobo no sólo calló, si no que se puso nuevamente el antifaz.

Aquel rumor era producido por dos hombres embozados en sendas y luengas capas, que no tardaron en aparecer por la esquina del convento, pasaron sin detenerse por delante de las calles de la Pimienta y de la Cloaca y atravesaron diagonalmente la plaza para entrar en la calle Torcida.

—Llama con precaución para no ser oídos por los vecinos—dijo uno de los embozados al otro.

—No hay necesidad, traigo la llave—contestó el embozado que acababa de recibir tal recomendación.

—Mejor—exclamó el que primero había hablado.

Y los dos, sin reparar en Jacobo ni en el *Húngaro*, entraron en la calle Torcida, en la que se perdieron de vista.

—¿Qué significará esto?—dijo el *Húngaro*.

—Esto significa—contestó Jacobo—que los que acaban

de pasar son dos pacíficos ciudadanos que se retiran a sus casas y uno de los dos, hombre precavido, trae la llave consigo.

—Bien, sí; pero, ¿en qué casa entran? Baja y ve a verlo. Se me ha ocurrido una sospecha.

—¿Cuál?

—Baja, y ve a ver en qué casa se meten.

Jacobo hizo lo que se le dijo, y al cabo de un rato volvió despavorido.

—¡Eh! ¡*Húngaro!*—dijo Jacobo en voz baja.

—¿Qué pasa?

—No te has engañado.

—¿Qué sucede?

—Que han penetrado en la primera puerta de la izquierda.

—¿En el palacio de Cibo?

—Sí.

—¡*Der Teufel!*—murmuró el *Húngaro*.

—¿Se halla solo el duque?—preguntó Jacobo.

—No, ya te he dicho que está con su maldito primo.

—¡Hombre! Te lo he preguntado nuevamente, porque estar con Lorencito o solo, todo es uno.

—¡Ca, peor!

—Ve a avisarlo.

—Sí, para estorbarle inútilmente... ¡Como me recibiría tan bien!...

—¿Está armado?

—Lleva su cota de mallas y su espada.

—Entonces, bien. El duque dice con frecuencia que con su cota de mallas y su espada vale por cuatro, y, si mis ojos no me han engañado, sólo han entrado dos.

—Bueno, sube, que voy a decirte una cosa.

—¿Cuál?—dijo Jacobo tan pronto como estuvo junto al *Húngaro*.

Este, antes de responder, miró a todas partes y escuchó con la mayor atención.

Después, y con voz sumamente baja, dijo:

—¿Y si fuese él el que le hubiese delatado?

—¿Lorencito?—exclamó Jacobo.

—¡Quieres callarte, animal!

—¡Hombre! ¡Es que dices unas cosas!...

—Pues supongamos que no he dicho nada.

—Al contrario, demos por sentado que nas hablado, pero explicame tus palabras.

—Pues bien...

El *Húngaro* interrumpióse y alargó el cuello en dirección a la casa en que acababan de entrar los nocturnos personajes.

Sus ademanes eran tan expresivos, que su compañero ni siquiera pensó en pedirle la continuación de la interrumpida frase y tendió a su vez el cuello.

—¡Alerta!—exclamó de pronto el *Húngaro*.

—¿Qué pasa?

—Se están batiendo.

—Es verdad... oigo el ruido de los aceros al chocar.

—Atacan a monseñor... Ve y entra por la puerta de la calle Torcida, Jacobo... Junto a la escalera encontrarás una alzaprima... Yo entraré por aquí... ¡Firme, monseñor, firme... aquí estoy!

Y mientras Jacobo descendía y, provisto de la alzaprima, se lanzaba a la calle Torcida, el *Húngaro* desenvainaba su acero y se internaba en el jardín.

Casi al mismo tiempo asomó la cabeza por lo alto del muro un hombre enmascarado que, agachado al ras de las canales, dió al *Húngaro* el tiempo de alejarse hasta perderse de vista; después descendió precipitadamente por la escala de cuerda, encaminóse a toda prisa al pozo de Sergio Caporano, sacó de debajo de su capa una cota de mallas que arrojó al pozo, y, volviendo al pie del muro, escuchó con ansiedad.

Al poco rato se dejó oír un ¡ay! lanzado por un hombre indudablemente herido de muerte; cesó el chocar de espadas, y todo quedó nuevamente en silencio.

—No cabe duda que uno de los dos ha muerto—dijo para sí el enmascarado;—pero, ¿cuál?

La duda no fué de larga duración, pues apenas el enmascarado acababa de hacerse a sí mismo esta pregunta, en lo alto del muro y por la parte del jardín apareció un hombre que llevaba el acero entre los dientes, el cual, al ver a su compañero al pie de la escalera, se detuvo, sacudió su espada para hacer caer de ella la sangre, y, cruzando los brazos, dijo con voz tan sosegada como si no hubiese corrido ningún peligro:

—¡Famosa es tu compañía, vive Dios, Lorencito!...

Nos atacan dos hombres, y no sólo tengo que defenderme a mí, sino a ti también.

—Monseñor—replicó Lorencito,—creía que habíamos ya convenido en que yo sería el compañero de vuestras fiestas, de vuestros placeres y de vuestros amores, pero no de vuestros combates, de vuestras emboscadas y de vuestras estocadas... ¡Qué le vamos a hacer, monseñor! Hay que tomarme cual soy o dejarme.

—¡Cobarde!—exclamó el duque saltando al otro lado de la pared y empezando a bajar por la escala de cuerda.

—Todo lo cobarde que queráis, monseñor—repuso Lorencito.—A lo menos tengo la ventaja de que no oculto mi cobardía.—Y añadió, riéndose:—Por otra parte, ¿caso visto yo una cota de mallas como la vuestra para darme valor?

—¡Calla! Ahora recuerdo que la he dejado en la alcoba de la marquesa—dijo el duque llevándose las manos al pecho, con el ceño fruncido, y disponiéndose a subir de nuevo.

—En verdad—exclamó Lorencito deteniendo al duque por el orillo de su capa—es preciso que Vuestra Alteza tenga el diablo en el cuerpo... ¡Cómo! ¿Vais a exponeros nuevamente por una cota de mallas?

—¡Caramba! Vale la pena—dijo el duque, cediendo, no obstante, a las palabras de Lorencito, y bajando el escalón que ya había subido;—en mi vida hallaré otra que mejor se adapte a mi cuerpo, pues la que he perdido estaba de tal modo modelada, que no me estorbaba más que un jubón de seda o de marta cibelina.

—Ya os la enviará la marquesa u os la llevará ella misma. ¿Sabéis que el luto va a sentarle admirablemente a la marquesa?... Porque supongo que habréis matado al marido...

—Tengo para mí que he matado a los dos.

—¿Al otro también?

—No puede ser de otro modo—respondió el duque mirando su espada, tinta en sangre hasta la mitad de la hoja—¡Como no tenga el alma enclavijada en el cuerpo!... Pero ahí tenemos al *Húngaro* que nos sacará de dudas.

En efecto, en lo alto del muro apareció el *Húngaro*.

—¿Y bien?—le preguntó el duque.

—El uno está muerto, y al otro no le falta gran cosa, monseñor... ¿Quiere Vuestra Alteza que lo remate?

—No... Su silencio al atacarnos me ha inspirado sospechas; apostaría que el uno es el marqués de Cibo y el otro Silvestre Aldobrandini, que por fallo del tribunal está desterrado de Florencia. Si era él, su regreso, más bien que un incidente, debía ser una conspiración. Avisa al alguacil mayor lo que pasa, y dale de mi parte la orden de arrestar al herido.

—Me parece, monseñor—dijo Lorencito;—que podríamos volvernos a la calle Ancha, pues creo que para una noche ya basta con un hombre muerto y otro herido.

—Y además, cuando nada de provecho tenemos que hacer aquí—replicó el duque.

Disponíase el duque a echar por la calle del Diluvio para encaminarse a la plaza de Santa María la Nueva, cuando fué detenido por el segundo esbirro, el cual le dijo:

—Yo por este lado, monseñor, oigo los pasos de algunos hombres.

—Y yo también—añadió el *Húngaro*, llevándose al duque hacia la calle de los Carros.

—¡Oh! ¡Oh!—repuso éste,—¿también tú estás acoquinado, *Húngaro*?

—Algunas veces, monseñor—respondió el esbirro. ¿Y Vuestra Alteza?

—¿Yo? ¡Nunca!—contestó el duque, el cual, a su vez, preguntó a Lorencito:—¿Y tú?

—¿Yo? ¡Siempre!—respondió el interpelado

El duque echó a andar, seguido de sus acompañantes, y se internaron en la negra callejuela que conducía a la plaza del Gran Duque.

II

EL ESBIRRO TAVOLACINO.

No se habían engañado los esbirros del duque Alejandro: en efecto, tres hombres se acercaban a la plaza de la Santa Cruz, pero no por la calle del Diluvio, sino por la de la Cloaca, paralela a aquélla.

Embozados en holgadas capas, tenían, sin duda, interés en no ser conocidos, pues uno de ellos, al llegar a la esquina de la calle, alargó la cabeza. escudriñó con la mi-

rada la plaza, y no se animó a entrar en ella hasta que estuvo convencido de que se hallaba desierta.

El que inspeccionara la plaza era el más anciano de los tres, y marchaba delante de los otros dos, al parecer hombres de condición secundaria.

—Me pareció que en esta plaza había gente, Miguel—dijo con marcado acento de superioridad el anciano dirigiéndose al que iba inmediatamente detrás de él.

—No tendría nada de extraño que hubiese habido, Excelentísimo señor—respondió Miguel;—cuando entramos por la puerta de San Galo, no era más que media noche. Por otra parte, muy bien podría ser que el ruido proviniese de aquellos a quienes había citado Vucencia.

—Puede ser—exclamó el anciano.—Mira, pasa por la calle Torcida y vuelve por la de los Carros, y de paso observa si en el palacio Cibo hay luz. Te espero aquí, en la penumbra de esta pared.

Miguel se alejó con el silencio y la presteza de quien está acostumbrado a obedecer sin replicar, y se internó en la calle Torcida.

Mientras tanto, el anciano, cuya estatura y fisonomía revelaban que era personaje de cuenta, hizo una seña a su segundo criado, que obedeció con igual presteza que el primero, y le dijo:

—Mateo, ve a casa de mi hermana, dile que ya estoy de regreso, y pregúntale si continúa viviendo con ella mi hija Luisa, o, si es que por alguna causa han tenido que separarse, que te diga dónde vive.

—No sé si la hermana de Vucencia, que es dama muy prudente, me creará y querrá decirme lo que he de preguntarle sin ver letra de Vucencia—dijo el criado que acababa de recibir la orden.

—Es verdad—exclamó el anciano,—espera.

Y acercándose al nicho de la Virgen ante el cual ardía el farol, escribió con lápiz algunas palabras en una hoja de su libro de memorias, arrancó la hoja escrita y se la dió a Mateo.

El que hubiese estado cerca del que escribía, hubiera visto que éste era hombre de sesenta a sesenta y cinco años, fornido, alto, muy bien conservado, de ojos negros y brillantes, de cabellos muy cortos, apenas entrecanos, y luenga barba.

Mateo echó por la calle de la Pimienta; en cuanto al anciano, atravesó la plaza en toda su longitud y luego fué a esconderse en la penumbra de la pared cubierta de hiedra, desapareciendo entre sus hojas.

Apenas el anciano hubo desaparecido, desembocó del Burgo de los Griegos un hombre, joven al parecer, el cual atravesó con ligereza y diagonalmente la plaza, hizo sonar tres veces la aldaba de la puerta de una casita situada entre las calles del Diluvio y de la Cloaca, y, luego de haber llamado, dió tres palmadas.

A esta doble señal abrióse una ventana por la que se asomó una mujer que dijo en voz baja algunas palabras a las que el llamador respondió de la misma manera. Poco después se abrió la puerta, la cual, después de haber dado paso al joven, volvió a cerrarse inmediatamente.

El anciano siguió con la mirada aquella escena amorosa, y estaba con los ojos maquinalmente fijos en la puerta; cuando de pronto se estremeció al oír una voz que pronunciaba su nombre.

Volvióse con viveza el anciano, y al ver que el que acababa de arrancarlo de su preocupación era Miguel, al que había enviado de descubierta, dijo:

—¡Cuánto has tardado! ¿Traes alguna nueva a lo menos?

—Sólo una, pero terrible.

—Habla, ya sabes que a mí puede decirse todo.

—Al entrar en su casa con Silvestre Aldobrandini, el marqués de Cibo ha sorprendido al duque Alejandro; éste ha matado al marqués y herido gravemente a Silvestre.

—¿Quién te ha dicho eso?—preguntó el anciano.

—A pocos pasos de la puerta del palacio del marqués he visto a un hombre que andaba penosamente apoyándose en la pared, y, al acercarme a él, se ha dejado caer en un guardacantón, diciendo: «Si sois enemigo, acabad con mi vida; si amigo, prestadme vuestra ayuda. Soy Silvestre Aldobrandini.»

—¿Qué has hecho tú?—exclamó el anciano.

—Le he dicho quién era yo, y a quién servía, y le he ofrecido ayuda. Entonces se ha apoyado en mi brazo, rogándome que lo acompañase a casa de micer Bernardo Corsini, en lo cual no hemos empleado mucho tiempo, pues micer Bernardo Corsini vive en la calle del Palacio. Al

llegar a la puerta, me ha encargado que os dijese que huyerais.

—¿Por qué?

—Porque le es imposible recibiros en su casa, puesto que se ve obligado a pedir auxilio en otra.

—Está bien—repuso el anciano.—Sin contarme a mí, hay en Florencia treinta y nueve Strozzi, lo cual quiere decir que tengo otras tantas puertas abiertas; y aun cuando me viese en la precisión de retirarme en mi propio palacio, el cual puede reistir perfectamente un sitio contra todas las tropas del duque Alejandro.

—Monseñor—replicó Miguel,—cuanto más humilde sea la casa, más seguro estaréis en ella. Recordad que os llamáis Felipe Strozzi y que vuestra cabeza está tasada en diez mil florines de oro.

—Tienes razón, Miguel.

—¿Luego os quedáis, monseñor?

—Sí; pero tú puedes marcharte, puesto que no tienes los motivos que yo para quedarte. El centinela que nos ha franqueado la puerta de San Salo, no debe haber sido aún relevado, de modo que la retirada es fácil. Ve pues, Miguel, te alzo la palabra.

—Monseñor—replicó Miguel—creía que Vucencia me conocía mejor. Si Vucencia tiene motivos para quedarse en Florencia, también los tengo yo para no salir de ella. Es menester que se cumpla el negocio para el cual he venido.

Después, y mientras extendía el brazo en dirección al convento de la Santa Cruz, añadió con voz sorda y como hablando consigo mismo:

—Además, si intentase huir, de aquel convento saldría una voz que me detendría gritándome que soy un cobarde. Os agradezco, pues, vuestro ofrecimiento, monseñor; pero si Vucencia hubiese partido, yo le hubiera pedido licencia para quedarme.

¿Oyó Felipe Strozzi a Miguel? eso es lo que no sabemos; lo cierto es que, en lugar de responder, se quedó, al parecer, abismado en meditación profunda.

Precaria era, en efecto, la situación. Felipe Strozzi, después de haber aceptado el nombramiento del duque sin hacerle oposición, al conocer mejor al protegido de Clemente VII y yerno de Carlos V, habíase alejado de él, hallán-

dose en el destierro, por sus inmensas riquezas y su encumbrada representación social, jefe natural de los proscritos.

Strozzi había contraído compromisos con el partido republicano, para cuyo cumplimiento, sublevando a los güelfos que quedaban en Florencia, había regresado a ella en compañía del marqués de Cibo y Silvestre Aldobrandini, los cuales se hallaban en el destierro voluntariamente.

Ya hemos visto cómo se habían cerrado las dos casas en las que Felipe Strozzi esperaba encontrar asilo.

¿Adónde ir ahora? Un jefe de partido no se pertenece. Si Strozzi caía en manos del duque Alejandro, el partido republicano quedaba sin cabeza, pues Felipe era el todo del partido.

Estaba Felipe Strozzi en lo más intrincado de sus reflexiones, cuando la puerta del convento de la Santa Cruz se abrió dando paso a un fraile dominico que, en dirección al convento de San Marcos, atravesó la plaza y se encaminó a la calle Torcida, en cuya esquina se hallaban Felipe Strozzi y Miguel Tavolaccino.

Al oír el ruido que produjo la puerta del convento al abrirse y sentir rumor de pasos, Felipe Strozzi levantó la cabeza y preguntó a Miguel quién era el que venía.

—Es un fraile dominico, monseñor—respondió Tavolaccino.

—Es preciso que hable con él.

—Y yo también.

En efecto, Strozzi, cual una estatua de piedra, se apartó de la pared y se dirigió hacia el fraile, el cual, al ver que se le acercaba un hombre, se detuvo.

—Perdonad, padre mío—dijo Felipe al dominico;—pero, si no me engaño, pertenecéis al convento de San Marcos.

—Así es—respondió el fraile.

—¿Habéis conocido a Savonarola?

—Soy su discípulo.

—¿Os es grato su recuerdo?

—Su memoria es venerada por mi como la de los santos mártires.

—Padre mío, estoy desterrado: las puertas del asilo con el cual contaba se han cerrado para mí, y tengo la

cabeza tasada en diez mil florines de oro. Mi nombre es Felipe Strozzi. Padre mío, en nombre de Savonarola, os pido hospitalidad.

—Sólo tengo mi humilde celda de fraile, hermano mío, pero disponed de ella.

—Padre mío, ved que os acarreo la proscripción, tal vez la muerte.

—Bien llegadas serán, viniendo con el deber.

—Así pues, padre mío...

—Ya os he dicho que podíais disponer de mi celda. A ella os precedo y en ella os aguardo.

—Esta misma noche llamaré a la puerta del convento

—Preguntad por fray Leonardo.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Perdonad, Padre mío—dijo Miguel deteniendo al fraile en el momento en que éste iba a reanudar su marcha.

—¿Qué queréis, hijo mío?—preguntó el dominico.

Miguel titubeó, pasóse la mano por su frente bañada de sudor, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Una de las monjas del convento de la Santa Cruz se llama...?

Detúvose Tavolaccino titubeando de nuevo.

—¿Habéis olvidado su nombre?—preguntó el fraile.

—Antes se me olvidaría el mío—respondió Miguel sonriéndose con tristeza.—Se llama Nella.

—¿Erais, acaso, pariente de la desventurada, o amigo suyo, o simplemente un extraño?—preguntó el dominico.

—Era—dijo Miguel haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas,—era... su hermano.

—Pues rogad por ella, que en el cielo se halla—replicó fray Leonardo con solemnidad llena de dulzura.

—¡Cómo! ¡Ha muerto!—exclamó Tavolaccino con voz ahogada.

—Esta mañana—repuso el fraile.

Tavolaccino inclinó la cabeza sobre su pecho cual si el golpe hubiese sido superior a sus fuerzas; pero a poco volvió a levantar la cabeza, y dijo:

—Señor, Señor, sois grande y misericordioso; después de esta agitada vida viene la tranquilidad del cielo; tras el dolor de un día, la bienaventuranza eterna... ¿Me sería dado ver a Nella, Padre mío?

—Sus restos mortales son trasladados esta noche al

convento de la Santísima Anunciación, donde pidió que la enterrasen. Al salir del convento, podréis verla.

—¿Saldrá pronto, padre mío?

—Mirad, ya sale.

—Gracias—dijo Miguel besando la mano al fraile.

Este miró nuevamente a Strozzi, le hizo con la mano una seña como para decirle que le aguardaba, y se alejó por la calle Torcida.

En efecto, conforme había dicho fray Lorenzo, las puertas del convento de la Santa Cruz abriéronse de par en par, apareciendo bajo las bóvedas dos largas filas de penitentes con hachones encendidos. Cuatro de los penitentes avanzaban entre las dos siniestras y luminosas filas, llevando en hombros el cuerpo de una joven de diez y nueve a veinte años, la cual reposaba en un ataúd cuajado de flores y coronada de niveas rosas.

La difunta tenía el rostro descubierto, el cual, a pesar de su palidez, demostraba haber sido de maravillosa hermosura.

Miguel Tavolaccino, al ver aparecer el fúnebre cortejo, exhaló un gemido tan profundo y doloroso, que los que conducían a la difunta se detuvieron.

—Hermanos — dijo Miguel, — permitidme rezar una oración.

Tras estas palabras siguió un silencio que a la vez indicaba la admiración y el interés.

—Dejad por un instante en tierra el ataúd—prosiguió Miguel.—¡Oh, hermanos míos! ese ataúd encierra el único corazón que me ha amado en este mundo, y puesto que ha dejado de latir, querría por última vez darla las gracias por su amor.

Los penitentes dejaron el ataúd en el suelo y se apartaron para que Tavolaccino pudiese acercarse a él.

Este se adelantó y arrodillándose piadosamente ante el ataúd, se inclinó hasta el cadáver, y dijo:

—¿No es verdad, pobre Nella, que tu agonía fué menos dolorosa que tu existencia? ¿No es verdad que la muerte, a la que algunos tanto temen, es para otros una amiga pálida y fría que nos mece en sus brazos como una madre cariñosa y nos acuesta suavemente en el eterno lecho a que llamamos tumba? ¿No es cierto que en vez de llorar hago bien en mostrarme agradecido al Señor por haberte lla-

mado a sí?... Adiós, pues, Nella, adiós por la postrera vez. Te amaba cuando estabas en la tierra, y ahora que estás en el cielo, sigo amándote más todavía... Adiós, Nella... Viva o muerta, he vuelto para vengarte. Descansa en paz; no tendrás que esperar mucho.

E inclinándose aún más sobre el cadáver, Miguel depositó un beso en la helada frente de la joven; después se levantó y dijo a los presentes:

—Gracias, hermanos míos; podéis restituir ese hermoso lirio a la tierra de la cual ha salido. Todo ha terminado; su cuerpo y su alma los confío en manos del Señor.

Después, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, Miguel fué a arrodillarse al pie del nicho de la Virgen.

Los penitentes cargaron nuevamente con el cuerpo de la joven, y al internarse la fúnebre comitiva en la calle del Diluvio, la plaza quedó otra vez silenciosa y oscura, si no desierta.

Tres personas quedaban en ella; una de ellas era Felipe Strozzi que se apoyaba en los adornos de hierro del pozo Sergio Caporano, otra era Miguel que se hallaba arrodillado ante la Virgen, y la tercera era Mateo que se había quedado frente a la puerta del convento, atraído por la singularidad de un espectáculo, el cual le hizo olvidar por un momento la comisión que su amo le había encomendado.

III

FELIPE STROZZI

También parecía haber olvidado Felipe Strozzi la comisión de que acabamos de hablar, tan conmovido se hallaba por el espectáculo que acababa de presenciar. De modo que cuando Mateo, después de haber sondeado las tinieblas con la mirada, vió una forma humana resaltar sobre la armazón del pozo, en la que conoció a su amo, y se acercó a Felipe Strozzi, éste, en vez de hablarle de su hija, lo primero que le preguntó fué si conocía a la monja cuyo cadáver acababan de llevarse.

—En efecto, la conocía, monseñor—respondió Mateo:—era la hija de mi compadre el viejo Nicolás Lapo, el cardador de lana. Recuerdo que hace uno o dos años cir-

culó por Florencia el rumor de que el duque Alejandro la había hecho robar de casa de su padre, ingresando en un convento pocos días después de su desaparición. Desde entonces, según acaba de decirme uno de los penitentes, la infortunada no cesó de orar y llorar, hasta que esta mañana ha muerto como una santa.

—¡Oh duque Alejandro!—exclamó Felipe,—ésta es otra víctima tuya que va a clamar venganza ante el trono del Señor... ¡Quiera Dios que sea la última!

El anciano agitó la cabeza como para apartar de sí los pensamientos extraños a su persona y no entregarse más que a los suyos propios, y volviéndose hacia Mateo, le preguntó con acento menos sombrío y casi sonriéndose:

—¿Has visto a mi hermana?

—En efecto, monseñor, la he visto.

—¿Qué te ha dicho? Vamos, habla pronto. ¿Está buena mi hija?

—A lo menos así lo cree...

—¡Como! ¿Que así lo cree?

—Como habéis supuesto, monseñor, vuestra hermana ha tenido que separarse de la señorita Luisa. Vuestra hermana ya os dirá, cuando os vea, el motivo.

—Pero, entonces, ¿dónde se halla mi hija?

—Está escondida en esta misma plaza, en una casita en la que vive con la anciana Asunción, no habiéndose atrevido a venir vuestra hermana hace quince días, temerosa de que la siguieran.

—¿Y esa casita...?—preguntó Felipe con inquietud.

—Está situada entre la calle de la Cloaca y la del Diluvio.

—¡Entre la calle de la Cloaca y la del Diluvio!—exclamó Felipe, recordando que precisamente era la casita en la que media hora antes había visto entrar un hombre. Te equivocas, Mateo... mi hermana no te ha dado esta dirección.

—Con perdón de Vuecencia, la dirección que acabo de dar a monseñor es la que la señora Caponi, temerosa de que se me olvidara, me ha dado por escrito.

—¿Y mi hija vive sola en la casita?—preguntó el anciano Strozzi secándose el sudor que inundaba su rostro.

—Sola con la vieja Asunción.

—¿Sin otra mujer?...

—Sin nadie más.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Felipe, el cual tuvo que apoyarse en los adornos de hierro del pozo para no caer al suelo.

—¿Qué os pasa, monseñor?—preguntó Mateo.

—Nada—respondió el anciano, a quien las palabras de su enviado habían vuelto en sí;—un vahido. Ve a la plaza de San Marcos, y espérame frente al convento de dominicos; dentro de un cuarto de hora estoy contigo.

—Sin embargo, monseñor...—objetó Mateo, comprendiendo que algo extraordinario le sucedía a su amo.

—Ve, Mateo, ve—repitió Felipe con tanta dulzura y tristeza, que el anciano servidor se alejó sin intentar más resistencia.

Entonces Felipe Strozzi se dirigió hacia la casita con paso cauteloso, resuelto a derribar la puerta si no la abrían; pero al instante en que adelantaba la mano para coger la aldaba, la puerta giró como por encanto sobre sus goznes, dando paso a un enmascarado que, antes de que hubiese tenido tiempo de retroceder, se sintió cogido por el cuello de su jubón.

—¿Qué quieres?—preguntó el enmascarado.

—¿Quién eres?—dijo a su vez Felipe Strozzi.

—¿Qué te importa?—respondió el del antifaz haciendo esfuerzos para desasirse de la férrea mano de Felipe.

—De tal suerte me importa—exclamó el anciano arrastrando al desconocido hasta el centro de la calle,—que quiero saberlo inmediatamente.

Y acompañando estas palabras de un movimiento tan rápido que el desconocido ni siquiera pudo preverlo, Strozzi le arrancó el antifaz.

Como para secundar los deseos del ultrajado padre, la luna pasó entre dos nubes y proyectó un rayo de luz sobre la plaza de la Santa Cruz.

Los contendientes se miraron mutuamente, y al conocerse, lanzaron ambos una exclamación de sorpresa.

—¡Felipe Strozzi!—exclamó el joven.

—¡Lorencito!—dijo el anciano.

—¡Felipe Strozzi!—repitió el joven con un acento de terror que no pudo reprimir.—¡Oh desventurado! ¿Qué vienes a hacer en Florencia? ¿Ignoras, acaso, desgraciado, que tu cabeza está puesta a precio?

—Vengo a pedir cuenta al duque de la libertad de Florencia, y a ti de la honra de mi hija...

—Si no hubieses venido más que para lo último, fácil era el remedio, mi querido tío; porque la honra de tu hija está tan entera como si su celosa madre se la hubiese llevado con ella en su sepultura.

—¿Sales de casa de mi hija a las dos de la madrugada, y dices que Luisa es aún digna de mí?... ¡Mientes!

—¡Pobre Felipe! El destierro y la desventura han hecho que perdieses la memoria—dijo Lorencito con acento zumbón.—Pero dime, ¿has olvidado que casaste con Julia Sodarini, hermana de mi madre? ¿Que Luisa y yo estábamos prometido sel uno al otro? ¿Que tu santa mujer, cuando vivía, me trataba igual que a sus hijos Pedro y Tomás? ¿Qué hay, pues, de extraño en que siga amando a Luisa y que ella continúe amándome, cuando tú mismo aprobabas nuestro amor?

—Es verdad—exclamó Strozzi pasándose la mano por la frente,—se me había olvidado todo eso; pero no temas, haciendo un esfuerzo iré acordándome de todo... ¿No lo dije? Empiezo a recordar... Escucha... Sí, eres mi sobrino, y mi mujer y yo os destinábamos uno a otro, y te tratábamos como a nuestros hijos. Pues bien, Lorencito, ha llegado el momento; tienes veinticinco años y Luisa diez y seis. Yo proscrito y ella aislada, necesita que alguien la ame como padre, como esposo. Lo único que la tiranía y el destierro no me han arrebatado todavía es ella, como ella es el único ángel que por mí ruega en la tierra... Pues bien, yo, pobre proscrito, te doy mi único ángel, mi única esperanza... Cásate con Luisa, procura hacerla dichosa, y sea cual fuere el precio del tesoro que te doy, no sólo creeré que estamos en paz, sino que te soy deudor todavía.

Lorencito escuchaba con visible emoción al anciano; pero al oír que éste le ofrecía la mano de su hija, se hizo un paso atrás, y, tambaleándose, se apoyó en una de las pilastras que sostenían el balcón. Por fin, cuando Strozzi acabó de hablar, guardó un instante de silencio, como si las palabras que iba a pronunciar se resistiesen a pasar por su garganta, y respondió con voz sorda:

—Sabes perfectamente, Strozzi, que si lo que me propones era posible antes y tal vez vuelva a serlo en lo porvenir, en la actualidad es imposible.